

El perico es un oso de color verde

El Farol, 207. zk., 1963-10/12.

El perímetro de la Tierra ya no se calcula con la medida de los 40.000 kilómetros que indudablemente tiene, sino por el cómputo de las dos horas escasas que tarda una nave espacial en circundarla.

Y no es que se haya achicado el mundo, que ese sería un portento difícil de realizar, porque escapa por mucho a las limitadas facultades milagrosas del ser humano; pero sí se ha cumplido el prodigio de agigantar al hombre mismo, o, lo que es igual, su capacidad de abarcar distancias. Por eso es que ya el trayecto que existe entre Caracas y Houston, en los Estados Unidos, no tiene objeto medido en kilómetros, como siuviésemos que caminarlo, sino en el tiempo que necesitamos para recorrerlo.

Hace veinticinco o treinta años los Estados Unidos nos quedaban "lejos"; hoy nos quedan "ahí mismo", tan cerca que cualquier estudiante caraqueña de secundaria que tenga buenas notas, como Elbia Mora Crespo, puede llegar en sólo tres horas; apenas el tiempo necesario hace sólo un cuarto de siglo para soñar un viaje.

Así se encontró Elbia en la ciudad tejana frente a un grupo de muchachos estudiantes de español sin saber qué decir. Y entonces, porque de alguna manera había que romper aquel hielo, le pidieron que cantara algo. Lo que a Elbia le vino a la cabeza en aquellos momentos, quién sabe por qué, fue "El perico". Ninguno de los que escuchaban la canción entendía la letra, porque el portento de haber reducido distancias en alas de un avión de propulsión a chorro no ha disminuido todavía las diferencias de cultura, las que, como el hombre mismo, evolucionan más lentamente, y cuando terminó le preguntaron con curiosidad qué era un perico.

A Elbia, también estudiante, pero de inglés, no le llega la palabra para traducirlo y se tiene que limitar a decir elementalmente: "grin ber", queriendo decir; pájaro verde.

¡Cómo! (se asombran los estudiantes norteamericanos de español, dispuestos a creer cualquier maravilla del país tropical) ¡¿En Venezuela hay osos verdes?!

Elbia, estudiante de inglés, dice que sí, y se sorprende que estos estudiantes norteamericanos ni siquiera hayan oído hablar de *pájaros* de color verde.

Hasta que alguien que sabe inglés y español aclara que "bird", que quiere decir *pájaro*, está sonando en boca de Elbia a "bear" que quiere decir *oso*.

El fantástico *oso verde* no existe, pues, más que en la imaginación de los estudiantes norteamericanos, donde ha nacido, maravilloso pero irreal, por una mezcla de pronunciación defectuosa, sí, pero también debido a una tendencia muy humana de tratar de adaptar la experiencia que no entendemos a la que se acomoda más fácilmente a nuestras propias ideas, por fantásticas que éstas sean.

Este sencillo ejemplo de malentendido idiomático en un proceso de comunicación, muy reciente, porque el viaje de este grupo de 48 estudiantes de secundaria de la

"Operación Amigo" se cumplió estos días, es de los que afectan a veces seriamente la comprensión entre los pueblos.

Este de las *diferencias de lengua* es un viejo problema que se está actualizando y recrudesciendo al ritmo acelerado en que las facilidades de desplazamiento nos van permitiendo mayores oportunidades de confrontar nuestras culturas.

Pero no por ser la más evidente es la única razón de incompreensión y de malentendido entre los pueblos.

Hay otros obstáculos más sutiles, más difíciles de localizar y de combatir, en esta era en que las viejas distancias que se contaban en leguas o en kilómetros o en nudos o en millas (que son las que fabricaron los compartimientos estancos en que fueron modelándose las diferencias culturales y las diferencias lingüísticas) se están achicando, como en un sueño, para encontrarnos de pronto frente a la realidad de un desafío nuevo a nuestra inteligencia y a nuestra tolerancia.

Una de las dificultades pertenece a los dominios de la semántica, que es la que estudia la significación de las palabras, y la otra corresponde a lo que se ha dado en llamar "percepción etnocéntrica", o sea, la visión que conlleva la distorsión de la propia formación cultural.

En cuanto a la *semántica*, comencemos diciendo que la palabra tiene vida propia, y que es capaz de evolución.

Una palabra tiene, también, la limitación expresiva de un símbolo, y nunca podrá despertar en nosotros la respuesta sensorial que despierta el objeto mismo que describe; la usamos porque es más fácil usar un símbolo, por imperfecto que sea, que cargar a cuestas con el objeto que queremos describir. El lenguaje constituye, pues, una abstracción cómoda, que no ocupa espacio y nos permite comunicarnos con cierta (pero no absoluta) eficacia.

La palabra "perro" tiene en cada uno de nosotros el valor que le atribuimos según la experiencia que hemos tenido con perros. Esta experiencia tiene para nosotros, seguramente, un valor más vivo que el que nos sugiere la palabra "marmota", por ejemplo (un animal que probablemente conocemos sólo de nombre), porque cuando oímos o leemos la palabra "perro" podemos recordar su apariencia, su ladrido, su tacto y acaso hasta su olor, mientras que la palabra "marmota" seguramente no nos trae a la memoria más que un signo gráfico o una fría imagen fotográfica.

Las palabras van adquiriendo, pues, el valor que le va atribuyendo *particularmente cada individuo*. Y cada individuo concede a cada expresión el tamaño, el peso y el poder de comunicación que le descubre según la experiencia que ha tenido con lo que ese signo representa.

Además de esta complejidad semántica que dificulta el simple proceso de comunicación entre individuos, hay otra de alcance *más general*: es el de la *percepción etnocéntrica*, según la cual tendemos a interpretar las situaciones o las ideas de los demás según la experiencia de nuestra propia cultura.

Para un norteamericano, el término "capitalismo" lleva dentro, viva, toda la carga racional y emocional de lo que ese sistema ha hecho en beneficio de su cultura y de su educación; sin embargo, para alguien que ha padecido situaciones de abuso económico y social en un país latinoamericano de estructura semi-feudal, tan corriente hace muy

pocos años, la palabra capitalismo tiene una connotación francamente negativa. Entre estos dos extremos hay, claro es, muchos matices.

Por eso que un norteamericano y un latinoamericano se enfrentan tan a menudo al juzgar los valores del sistema económico de esa denominación: están usando la misma palabra, pero dándole una significación diferente.

Y hay un estudio tomado de la observación directa, pero válido como indicio, que revela muy bien las diferentes reacciones que se obtienen ante la palabra "capitalismo".

El estudio* consiste en medir lo más objetivamente posible las reacciones verbales y de actitud de 95 individuos pertenecientes a diferentes zonas geográficas (menos los Estados Unidos, que es donde se ha llevado a cabo el estudio). Aunque la muestra no es científica, y adolece de algunos defectos de representatividad, como, por ejemplo, el hecho de que la mayoría de los diez representantes de Asia sean japoneses, nos parece adecuado para ilustrar el principio de visión etnocéntrica que comentamos.

La escala usada para medir las reacciones fue una con los límites +2 y -2: o sea, que la reacción más positiva ante la palabra "capitalismo" sería +2 y la más negativa sería -2.

* Institute for the Study of National Behavior, Princeton, N.J. (año 1962).

<i>Area (muestra total)</i>	<i>Nº de casos (95)</i>	<i>Valor (-085)</i>
Africa	34	-0,7
Latinoamérica	31	-1,1
Europa Occidental	10	+0,3
Asia (sobre todo Japón)	10	0,0
Bloque soviético	10	-1,4

Como vemos el término "capitalismo" es valorado negativamente en Africa, Latinoamérica y la Unión Soviética, aunque en grado diferente, mientras que en Asia (sobre todo en el Japón) tiene una connotación neutral, y en Europa Occidental aparece una ligeramente positiva.

Sin duda, el crédito de parte de estos resultados corresponde a los años de propaganda soviética, sobre todo en los países menos desarrollados, en los que no han tenido oportunidad de ver funcionando ese sistema económico por sí mismos; pero hay, cómo no, otras razones fundamentales.

Una de ellas consiste en la falta de comprensión de lo que es el capitalismo culto, el que prospera con una legislación social desarrollada y con un sistema de inversión de ancha base popular, capaz de generar el alto nivel de vida de que gozan las masas trabajadoras de los Estados Unidos, por ejemplo.

Otra, la experiencia que han tenido algunos pueblos con el viejo capitalismo de visión corta, que ya se ha comenzado a superar, pero que aún se da en nuestros países. Tanto es así que estos empresarios criollos a la vieja usanza consideran el régimen tributario del sistema capitalista norteamericano de un peligroso color socialista.

Otra importante razón del concepto que tiene Latinoamérica del capitalismo se deriva de la naturaleza tradicional de los sistemas económicos locales. Los antepasados de la élite socio-económica latinoamericana, desde la Conquista, han sido de origen

europeo, y han seguido manteniendo sus lazos de cultura con Europa, sin romper del todo aquella vieja tendencia de obtener los máximos beneficios y gastarlos en el viejo continente. La práctica de guardar grandes reservas en bancos europeos con la excusa de la inestabilidad de la moneda latinoamericana (a la que esta misma práctica contribuye, precisamente) continúa teniendo la misma vigencia que hace doscientos años.

Lo más interesante acerca del significado que evocan y arrastran las palabras de uso común no está en sus diferencias de definición, sino más bien en las de su *connotación*.

Las fuentes más importantes de variabilidad en la connotación de los términos parece derivarse sobre todo de:

1. Las formaciones culturales (lengua y cultura son inseparables).
2. Experiencias nacionales específicas con algunos términos.
3. El sentido de realidad que evoca cada palabra.
4. La clase social y la generación a que pertenece el que la interpreta.
5. La fuente donde se ha originado la palabra, y el contexto en el cual figura.

No debe sorprendernos, pues, que a Elbia le tradujesen "oso" por "pájaro", ni que existan diferentes interpretaciones de una palabra o de toda una situación social.

Tampoco es de extrañar que en Latinoamérica, por razones de experiencia histórica, se tenga una idea diferente de la que tiene un europeo occidental o un norteamericano acerca de lo que significa el sistema capitalista.

Es que cada uno de ellos está reaccionando de acuerdo con su experiencia anterior.

No es fácil hallar un medio simple y efectivo de comunicación entre los pueblos. Pero estas dificultades de comunicación son, precisamente, el desafío a la inteligencia y al espíritu de tolerancia del hombre, y de su solución dependerá en gran medida el futuro de la convivencia humana.

Para mejorar un sistema de comunicación entre los pueblos es necesario reparar, primero, en las interferencias.

Ya vamos aprendiendo que no basta dar una información correcta acerca de un país para que los demás lo comprendan, porque la comprensión depende sobre todo de la interpretación que dé a esa información el que la recibe. No es cierto que "la verdad habla por sí misma", como se ha repetido muchas veces, si esta verdad no es dada con palabras que digan fielmente lo que se quiera decir, y si el que recibe el mensaje lo distorsiona con sus propios prejuicios.

La experiencia acumulada hasta ahora nos enseña que los puntos de vista personales sobre otros países cambian más por contacto personal y la observación directa que por lo que cuentan los demás.

Por eso que la "Operación Amigo", un proyecto de buena voluntad auspiciado en los Estados Unidos por el Houston Press y en Venezuela por la North American Association y los clubes Rotarios, nos parece importante.

Esta gira de los 48 estudiantes entre los 15 y 19 años de edad que han pasado en Houston dos semanas ha rendido magníficos resultados de confraternización. Han sido ellos mismos los que han sugerido participar como anfitriones de sus amigos norteamericanos de quince días (a esa edad quince días dejan huella notable) que podrían realizar una gira similar a Venezuela.

Entre otras positivas y valiosas experiencias adquiridas durante esta gira estudiantil hemos tenido esta lección de Elbia, que nos ha enseñado que ese sorprendente oso verde no es más que un simple perico, el que en Venezuela tiene, desde antes que la canción se lo consagrara, un "hueco debajo del pico" que no le estorba para comer.